

SAN NORBERTO, ARZOBISPO Y CONFESOR

Día 6 de junio

P.Juan Croisset, S.J.

San Norberto, nobilísimo fruto de una de las más ilustres casas de Alemania, fue hijo de Heriberto, conde de Genepp, y de Hadvigis ó Harvigis, descendiente de los duques de Lorena; nació el año 1080, en el pequeño pueblo de Santen, del ducado de Cleves; y poco antes de nacer tuvo su madre un misterioso sueño, por el cual comprendió que lo que traía en el vientre sería con el tiempo una de las más brillantes antorchas de la Iglesia.

No correspondieron á esta esperanza los primeros años de la juventud de Norberto. Era como el alma de todas las diversiones y de todas las funciones de la corte. Pero esta inclinación á divertirse no le sirvió de estorbo para dedicarse á los estudios, y en poco tiempo, hizo grandes progresos en todas las ciencias. Fue provisto en él un canonicato de la iglesia de Santen, y se ordenó de epístola; pero con resolución de no pasar de aquel grado para vivir con alguna mayor libertad. Representábale el obispo que deshonoraba el estado con su desarreglada vida, y que para reformarse le convendría mucho recibir los demás sagrados órdenes; pero se hacía sordo á sus paternales amonestaciones.

Después de haber brillado en la corte de Federico, arzobispo de Colonia, quiso lucirlo con el mismo fausto en la del emperador Enrique, deudo suyo; y, apenas se dejó ver en ella, cuando se llevó las atenciones de todos por su esplendor. Hízole el Emperador su limosnero mayor, y después le nombró para el obispado de Cambray; pero

no quiso aceptarle, no por virtud, sino por no mudar de vida.

Caminaba un día á caballo á un lugarcito de la Westfalia, llamado Freten, seguido de un solo lacayo suyo. El cielo estaba sereno, y, encapotándose de repente, se levantó una furiosa tempestad de relámpagos y truenos, cayendo un rayo á los pies del caballo de Norberto, que, abriendo un boquerón en la tierra, derribó al jinete, y medio le sepultó. Casi una hora estuvo Norberto sin sentido, hasta que, volviendo en sí, se levantó; hincóse de rodillas, y, elevando los ojos y las manos al Cielo, exclamó como otro Saulo: *Señor, ¿qué quieres que haga?* Parecióle que le respondía interiormente: *Que dejes el mal y sigas el bien.*

Poco después se retiró al monasterio de Sigisberto, que gobernaba el abad Canon, obispo que fue de Ratisbona, y este oportuno retiro perfeccionó su conversión. Instruido ya en los caminos del Señor, resolvió romper enteramente con el mundo; y sabiendo que celebraba órdenes el arzobispo de Colonia, pasó allá, echóse á sus pies, y le suplicó que le admitiese en la matrícula de los ordenandos. Gustosamente sorprendido el arzobispo, le prometió que le ordenaría de diácono: *No basta eso, señor,* respondió Norberto: *es menester que en el mismo día me ordenéis también de sacerdote.* Aun mucho más admirado el arzobispo, le preguntó el motivo de aquella prisa. A esto sólo respondió con sus lágrimas; arrojóse á sus pies, suplicóle le oyese de penitencia, pidió la absolución, y rogóle que luego le confiriese el sacerdocio.

Llegado el día de las órdenes, los demás ordenandos se presentaron en la iglesia revestidos de albas, como es costumbre, y Norberto se dejó ver en ella con el vestido más rico que tenía. Llevóle el sacristán el

traje correspondiente y, llamando á un lacayo, se despojó de las galas seculares, vistióse una sotana hecha de pieles de oveja, y se la ciñó con una grosera cuerda,

A instancia del cabildo celebró su primera Misa en la iglesia de Santen. Comunicóse á los asistentes la visible devoción del nuevo sacerdote; pero quedaron aturvidos cuando, acabado el Evangelio, le vieron subir al pulpito y predicar con tanta elocuencia y con tanto celo sobre la vanidad del mundo, sobre la brevedad de la vida, sobre la santidad del estado eclesiástico, sobre sus indispensables y muchas obligaciones, que se deshacía en lágrimas todo el concurso. Hubo cabildo al día siguiente; y preguntado acerca de algunos puntos de la regla, habló con tanto espíritu contra las licenciosas costumbres de los eclesiásticos, que acabó de rendir con este discurso á los que ya estaban muy movidos con el antecedente; Es verdad que no fue universal el fruto, porque no á todos agradó aquella libertad apostólica; y, temiendo tener en Norberto un continuo censor de sus desórdenes, algunos hicieron cuanto pudieron para librarse de él. Cargáronle de injurias, insultáronle muchas veces, y le acusaron al Papa, tratándole de hipócrita y de novador que, con el especioso pretexto de reforma, tiraba á introducir peligrosas novedades.

Por lo que tocaba á las injurias y á los ultrajes, nada tuvo que hacer en tolerarlos, no sólo con paciencia, sino con alegría, porque era lo que él más deseaba; pero le pareció que no debía sufrir le tuviesen por sospechoso en la fe. Confundió la calumnia en el Concilio de Erizar, y encendido en mayor celo de la salvación de las almas, y en más vivo deseo de su propia perfección, renunció en manos del arzobispo de Colonia todos los beneficios eclesiásticos que poseía, y eran muy pingues; vendió todos sus bienes y todos sus muebles, sin reservarse más que los ornamentos para decir Misa con decencia, y todo

el producto le repartió luego entre los pobres.

Quedólo él más que los mismos á quienes acababa de hacer aquella limosna, y partió á pie y descalzo á buscar al papa Gelasio II, que estaba en San Gil de Langüedoc, acompañado de dos solos seglares, que se habían hecho sus discípulos. Postróse á los pies de Su Santidad, hizo con él una confesión general, absolvióle de sus culpas , y bien informado el Sumo Pontífice, así de la nobleza como del mérito personal de su penitente: prendado, por otra parte, de su sabiduría, de su virtud y de su celo, quiso tenerle en su corte; pero el Santo le suplicó humildemente se dignase permitirle seguir su vocación, que era ir á predicar penitencia por todas partes con sus sermones y con sus ejemplos; y edificado el Papa de tan santa resolución , le dio su bendición con amplia facultad para predicar el Evangelio por todo el mundo.

No bastó para detener ni un solo punto al nuevo misionero el riguroso frío del invierno. Corrió con sus dos compañeros el Langüedoc, la Guyena, el Poytou, el Orleanés, predicando en todas partes con maravilloso fruto.

Al pasar por Orleans se encontró con un subdiácono, que animado del mismo celo se juntó á él, y con este nuevo refuerzo pasó al condado de Hainaut, y, entrando en Valenciennes el sábado antes del Domingo de Ramos, predicó este día al pueblo con tanto fruto, que hizo todo cuanto pudo para detenerle; y con efecto, habiendo caído mortalmente enfermos sus tres compañeros, murieron todos casi en un mismo día. Hechas las exequias, partió Norberto de Valenciennes con el nuevo discípulo Hugo, para predicar, como lo hizo, en todas las ciudades, pueblos y aldeas del condado de Hainaut, del país de Lieja y del Brabante, obrando en todas partes

portentosas conversiones.

Teniendo noticia de que Calixto II, sucesor de Gelasio, había convocado un Concilio en Reims, en que había de presidir el mismo Papa, partió allá con su compañero Hugo para suplicar al Sumo Pontífice que confirmase su misión, y le diese facultad para escoger operarios que le acompañasen en sus expediciones apostólicas. Bartolomé, obispo de Laon, admirado de su eminente santidad, suplicó al Papa se le concediese para reformar una abadía de Su obispado; y condescendiendo el Pontífice, fueron tantos los estorbos que le Salieron al encuentro en aquella reforma, que muy en breve se libró de la tal comisión; pero, no pudiendo el buen obispo resolverse á permitir á Norberto que saliese de su obispado, le propuso que dentro de él escogiese el sitio que mejor le pareciese para edificar un monasterio. Pareció bien al Santo la proposición; y habiendo examinado varios parajes, hizo alto en un valle muy desierto y muy estéril, llamado Premontrato, en el bosque de Conci. Pasó allí la noche, y viniendo el obispo á buscarle al día siguiente: Este es, señor (le dijo el Santo), el lugar que Dios nos tiene señalado, en el cual se han de santificar muchos con su divina gracia. Consiguióle el obispo la posesión de aquel sitio, y, partiendo Norberto hasta el Brabante en busca de compañeros, juntó trece, con los que volvió á Premontrato, dándoles á todos el hábito blanco, disponiéndoles unas constituciones llenas del Espíritu Santo, y fundando aquel nuevo instituto de canónigos regulares, tan fecundo en hombres ilustres y religiosos insignes.

Tuvo principio el Orden Premonstratense el año de 1121, y en poco tiempo vio el santo fundador más de ochocientos religiosos y ocho abadías. Hízose célebre el monasterio de Floref, cerca de Namur, por haberse

retirado á él el conde Godefrido, tomando el hábito de lego; pero ninguno más famoso ni más glorioso para nuestro Santo que el de San Miguel de Amberes.

Aprovechándose de la ignorancia y de la disolución que reinaba en esta ciudad, un miserable hereje, llamado Tankelino, había sembrado en ella sus errores con tan desgraciada felicidad, que contaba más de tres mil sectarios. Pareció á todos los buenos que el remedio más eficaz y más pronto para atajar tanto mal era llamar al santo abad de Premonstrato. Acudió prontamente, acompañado de algunos discípulos suyos, y predicó con tanta eficacia, que en breve tiempo hizo volver al camino de la verdad á los que se habían desviado de él, y se vio mudado todo el semblante de la ciudad. Quedaron tan asombrados y tan movidos de esta maravilla los canónigos de San Miguel, que cedieron su misma iglesia á San Norberto para que fundase en ella un convento de su religión, y ellos se retiraron á la iglesia de Santa María, que es el día de hoy la catedral.

Aun no estaba aprobado el nuevo instituto sino por los legados del papa Calixto II, y San Norberto pasó á Roma para que le confirmase Honorio II, que á la sazón ocupaba la Silla de San Pedro.

Al volver de Roma tuvo precisión de pasar por Alemania, y, encontrando la corte imperial en Wuertzburgo, fue recibido con gran veneración del emperador Lotario, que tuvo devoción de oír su Misa el día de Pascua, y al acabarla dio vista á una mujer ciega: milagro que hizo tanta impresión en tres caballeros jóvenes hermanos muy ricos, que, arrojándose á sus pies, le pidieron les recibiese en su Orden, donde se consagraron á Dios, y fundaron de su hacienda un monasterio cerca de Wuertzburg.

Luego que Norberto se restituyó á Premonstrato, tuvo el consuelo de que voluntariamente se sujetase á su santa regla la abadía de San Martín de Laon, y lo mismo hizo la de Valsery. Comenzaba en su amada soledad á disfrutar la dulzura del sosiego y del reposo, cuando el conde de Champaña le rogó quisiese acompañarle en un viaje á Alemania; y, llegando á Espira, donde estaba el Emperador, se encontró con los discípulos de Magdeburg, que venían á pedir obispo para aquella Iglesia, y todos, de unánime consentimiento, pusieron los ojos en el abad de Premonstrato. Tenía Magdeburg muy debilitada la fe por la licencia de las costumbres; pero nuestro Santo combatió el vicio y el error con sus fuerzas, reformó el clero, corrigió los abusos, y consiguió que volviese á florecer la religión y la piedad en todo el obispado. En breve tiempo comunicó á todo su rebaño aquella tierna devoción á la Santísima Virgen; pero en ninguna cosa se hizo más visible su celo que en procurar se rindiese al Santísimo Sacramento del Altar el culto y veneración que se le debía. Fue tan notoria su devoción y su amor al augusto Sacramento, que después de su muerte se le pintó con un viril en la mano, como en prueba de haber sido ésta su devoción más sobresaliente.

No pocas veces determinaron asesinarle, y otras tantas tuvo el consuelo de ver convertidos á los asesinos. Trataba á los enfermos frenéticos como verdadero médico; y si tal vez se veía precisado a usar de severidad en su corrección contra los hijos rebeldes, lo hacía con entrañas de amoroso padre, lleno de ternura con ellos.

Pero ni los cuidados ni el gobierno de su Iglesia le servían de estorbo para atender también á las necesidades de su Orden. Dispuso que, en su lugar, fuese nombrado por abad general de la religión Hugo, el primero de sus discípulos. Habiendo asistido al Concilio de Reims, en que Inocencio II fue reconocido por

verdadero Papa, y condenado el antipapa Anacleto, hizo un viaje á Roma, donde trabajó eficazmente para acabar de extinguir los restos del cisma; y, restituido á su Iglesia, le postró en la cama una enfermedad que al cabo de cuatro meses le quitó la vida, muriendo con la muerte de los santos el día 6 de Junio de 1134, de edad de cincuenta y tres años, al octavo de su obispado, y al decimocuarto de la fundación de su religión. Mantúvose el santo cuerpo nueve días sin enterrarse y sin la menor señal de corrupción, manifestando el Señor por este tiempo la gloria de su siervo con grandes maravillas. Habiéndose apoderado los luteranos de la ciudad de Magdeburg, el emperador Fernando II hizo trasladar sus reliquias, en el año de 1627, á la ciudad de Praga en Bohemia.

La Misa es del común de confesor pontífice, y la oración la siguiente:

¡Oh Dios, que hiciste tan excelente predicador de tu divina palabra al bienaventurado Norberto, tu confesor y pontífice, y por su medio te dignaste aumentar tu Santa Iglesia con una nueva familia! Concédenos por sus merecimientos que practiquemos lo que nos enseñó tanto con su ejemplo como con sus palabras. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduría.

He aquí un sacerdote grande que en sus días agradó á Dios, y fue hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliación. No se halló semejante á él en la observancia de la Ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendición de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del

Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dio la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dio el sumo sacerdocio, y le colmó de gloria para que ejerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

REFLEXIONES

Colmóle de felicidad y de gloria para que ejerciese con dignidad todas las funciones de su ministerio, cantase las alabanzas del Señor, anunciase al pueblo la gloria de su santo nombre, y ofreciese ú Dios incienso digno de su grandeza y majestad. Este es un resumen de las funciones que corresponden al ministerio sagrado y de las disposiciones con que se deben ejercitar: pureza de costumbres, celo de religión, dignidad en el culto, fervor en la oración, puntualidad en las obligaciones y devoción en todo. No eleva Dios los ministros á la sublime dignidad del sacerdocio sino para ser dignamente honrado por ellos. En cierta manera debe el sacerdote disputar á los ángeles la inocencia y el fervor en el servicio de Dios; siendo iguales en el oficio de cantar las alabanzas del Señor, icuál debe ser su modestia, su respeto y su devoción! ¡Cuánto su amor y su celo!

Ni la religión tiene cosa más santa, ni el mismo Dios puede hacer cosa más grande y más respetable que el sacrificio de la Misa. Institución enteramente divina, oblación santa, víctima de precio infinito; sacrificio del adorable Cuerpo y Sangre de un Hombre Dios; Pontífice igual y consubstancial á El. ¿Puede imaginarse cosa más divina ni más digna de nuestro culto? Pues todo esto se halla en este divino misterio. No sólo es el sacrificio de la Misa el acto más perfecto de nuestra religión, sino el milagro de ella por excelencia; es como un compendio de toda ella. Esto es ese sacrificio que ofrecen los sacerdotes.

Pues icuál debe ser la fe, cuál la pureza de costumbres y la eminente santidad de esos ministros del Altísimo, de esos mediadores visibles entre Dios y los hombres, de esos sacerdotes de Dios vivo, cuya dignidad reverencian las potencias de la Tierra y cuyo sagrado carácter respetan hasta los mismos ángeles del Cielo! ¿Podrán llegarse al altar sin sentirse preocupados de un santo y respetuoso temor? ¿Podrán sostener en sus manos aquella Hostia viva sin experimentar en sus corazones los efectos maravillosos de su adorable presencia?

El Evangelio es del cap. 25 de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Un hombre que debía ir muy lejos de su país, llamó á sus criados y les entregó sus bienes. Y á uno dio cinco talentos, á otro dos y á otro uno, á cada cual según sus fuerzas, y se partió al punto. Fue, pues, el que había recibido los cinco talentos á comerciar con ellos, y ganó otros cinco; igualmente, el que había recibido dos ganó otros dos; pero el que había recibido uno hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas después de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, les tomó cuentas, y llegando el que había recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco que he ganado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó también el que había recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, he aquí otros dos más que he granjeado. Díjole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACIÓN

No hay condenado que no esté persuadido de uno se condenó porque quiso condenarse.

PUNTO PRIMERO.—Considera cuál será la rabia y la desesperación de un condenado por toda la eternidad, considerando que la condenación fue obra de sus manos. Si se condenó, fue puramente por culpa suya; si se condenó, fue porque así lo quiso él; si se condenó, fue porque no le dio la gana de corresponder á la gracia. Jesucristo se había sacrificado por su salvación; no le excluyó este divino Salvador del beneficio de la redención; nació, vivió en el mundo, padeció y murió por él como por todos los predestinados; merecióle y le dio también todos los auxilios suficientes para hacerse santo. Esta verdad es del mayor consuelo para todos los fieles, pero es de indecible dolor para los condenados.

Si Dios los hubiera dejado en la masa de la perdición; si no hubiera muerto por ellos; si los hubiera negado los auxilios absolutamente necesarios para salvarse, no por eso sería menos desdichada su suerte, ni su desgracia menos infinita; pero entonces toda su rabia y todo su furor se convertiría contra Dios, que solamente los había criado para perderlos. Pero ¡cuánto será el furor, cuánta la rabia que tendrán contra sí mismos, conociendo que Dios era aquel buen pastor que amaba á todas sus ovejas; que aquel Juez fue un Salvador que dio su sangre por todas ellas; que ni uno solo de ellos dejó de recibir algún caudal con orden de negociar con él su eterna salvación, la cual sólo se concede á los adultos á título de salario y de recompensa! Condenáronse porqué no quisieron oír la voz de aquel buen Pastor, saliéronse del redil y no quisieron volver al aprisco. No fue culpa del pastor si el lobo despedazó las ovejas.

i Dios mío, qué dolor, qué desesperación la de haber trabajado uno en su propia ruina y deberse á sí mismo su

condenación eterna!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que no hay santo en el Cielo que no conozca y no esté plenamente convencido de que sólo debe su salvación á la sangre, á los méritos y á la gracia de Jesucristo. ¡Cuáles serán los afectos de amor y de agradecimiento á este divino Salvador! ¡Cuánto su agradecimiento á su divina gracia! En el Infierno ningún condenado hay que no palpe, que no esté igualmente convencido de que jamás se la negó á él el mismo Salvador, que él fue quien por su propia malicia no quiso seguir aquella saludable inspiración, obedecer aquel precepto, privarse de aquel falso deleite que le había de causar la muerte, caminar por el camino estrecho que conduce los hombres á la vida. ¡Cuáles serán los movimientos de cólera, de indignación y despecho que tendrá contra si mismo!

Considera á un hombre que muy de intento pone fuego á su casa por un raptó de locura, ó por un ímpetu de cólera, ó en estado de embriaguez. ¿Qué dolor será el suyo cuando, sosegada la cólera y disipada la embriaguez, ve á sangre fría que por sus mismas manos redujo á cenizas su propia casa, y en ellas se consumieron sus muebles, sus bienes, sus paneras, sus provisiones y todo cuanto tenía en este mundo! Cuando hace reflexión que se ve reducido á mendigar sólo porque quiso, que perdió por su antojo las conveniencias que tenia, y, pudiendo vivir rico y acomodado, se halla infeliz y miserable, por mero capricho suyo, ¡qué desesperación será la de este insensato cuando considere su mentecatez ó su brutalidad! Pues considera cuál será la de un condenado cuando piense (y lo estará pensando, quiera ó no quiera, por toda la eternidad) que se condenó porque quiso condenarse.

¡ Dios mío! Pues me dais tiempo para prevenir esta

desesperación, dadme gracia para evitar esta pérdida. No, Dios mío, no quiero perderme; resuelto estoy á sacrificarlo todo, á perderlo todo, á practicarlo todo para salvarme por los méritos de mi Señor Jesucristo, Salvadme, Señor, por vuestra divina gracia.

JACULATORIAS

Conozco, Señor, mis maldades, abominólas, detestólas, y nunca dejaré de echarme la culpa de ellas.—*Ps. 50.*

Señor, aun cuando nos castigáis con el mayor rigor, sois justo, y nosotros nos debemos llenar de confusión; porque, si nos perdemos, por nuestra culpa nos perdemos.—*Dan., 9.*

PROPÓSITOS

1. Ser un hombre infeliz por alguna inevitable fatalidad, triste cosa es; pero al fin no puede atribuirse á si mismo la culpa de su desgracia, y le resta el consuelo de quejarse contra quien fue la causa de ella; pero ser supremamente desdichado, eternamente desdichado, y serlo porque él mismo lo quiso ser, comprende, si puedes, el cruel dolor de este suplicio. Piensa continuamente en ella, y cuando fuere más viva la tentación, cuando sientas que la pasión está más encendida y más violenta, pregúntate á ti mismo: ¿Yo me quiero condenar? Pues doime este gusto; pero, cuidado, que el fruto de él ha de ser mi eterna condenación. ¿Me determino libremente á pecar? Pues acepto la sentencia de ser eternamente condenado.

2. Considera todo pecado mortal como un legítimo derecho que adquieres á tu reprobación, como un instrumento auténtico que te asegura la posesión de tu

eterna infelicidad. Unos, cuando les apretaba la tentación, escribían estas palabras: *Si consiento en este pecado, consiento en ser condenado*. Otros, aplicando la mano ó los dedos a la llama, se preguntaban: *¿ Cómo podré habitar por toda la eternidad en medio de los ardores sempiternos?* Muchos, en fin, se familiarizaban con este pensamiento, y con esta importantísima verdad: *Si me salvo, será obra de mi Señor Jesucristo; si me condeno, será obra de mis manos.*